

El dominio del espíritu

Marcelo J. Morsella y su pequeña obra literaria
En el trigésimo aniversario de su fallecimiento¹
1986-2016

Diác. Bernardo María Ibarra, IVE

*«Soy Capitán triunfante de mi
estrella y el dueño de mi espíritu»*

INTRODUCCIÓN

No hace falta escribir mucho para ser buen escritor, ni para serlo en gran medida. En las letras, la calidad es lo que importa. La cantidad da otro matiz, algo que es accidental. Así, por ejemplo, a Hugo Wast le habría sido muy suficiente escribir un par de novelas para mostrar al mundo que llevaba en su alma la noble y genuina vocación de escritor. Si son incontables sus escritos, no fue por afán de esconder un deslustre, sino de hacer el bien en la tierra cuantiosamente, ya que «... la verdadera gloria de un escritor es saber que sus obras han hecho bien entre los hombres»².

Y como él muchos otros mostraron, con tan sólo pocas líneas, ser grandes artistas, cumpliendo de alguna manera aquello de que «sean los escritos hidalgos, esto es, de más calidad que cantidad; que no consiste la opinión de sabio en lo mucho, sino en lo bueno»³.

¹ Marcelo Javier Morsella fue un seminarista del Instituto del Verbo Encarnado que falleció a los 23 años en un accidente en El Nihuil, San Rafael, Mza., después de una vida de apostolado y profundo amor a Dios, el día 8 de febrero del 1986.

² WAST, H, *Vocación de Escritor*, Thau, Buenos Aires (1946), 299.

³ SUÁREZ DE FIGUEROA, C, *El Pasajero: advertencias utilísimas a la vida humana*, Aguilar, Biblioteca renacimiento, (1945), 171. Así es el caso de Rafael Obligado, que

Esto parece haberlo entendido Marcelo J. Morsella, de quien, en este pequeño ensayo, hablaremos en relación a su trabajo literario. No fue este prolífero, pues Dios lo quiso para Sí desde la temprana edad, pero no por esto falto de belleza y excelencia.

Marcelo fue un «persona cabal»⁴, que, según el diccionario⁵, significa primeramente «ajustado a peso o medida» y «completo, exacto, perfecto»; o también «excelente en su clase». Cosas tres que caben en la persona de Marcelo y que se reflejan en sus letras, ya sea por el modo, la temática o la intención de sus escritos.

Marcelo tuvo y tiene una misión⁶ que se mostró en su breve, pero intensa vida y que se perpetúa y esclarece en sus escritos, en aquellos pensamientos que él quiso darle al tiempo. De tal modo que su alma y ser vivieran en él como «respuesta a la pregunta desolada de los experimentan vacío interior»⁷. Vacío interior que sólo se llena con el Creador a solas, al cual Marcelo buscaba con tenacidad. En las exquisitas palabras de su padre esta perseverancia era: «... una *fuerza interior* que lo guiaba con serenidad y firmeza hacia su camino de querer y

es llamado por RODOLFO RAGUCCI, «poeta de un solo libro». Dice el salesiano: «¡Un solo libro! ¿Veis, amigos? No es la cantidad, sino la calidad de sus obras, el pedestal de un escritor». En: *Voces de Hispanoamérica*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires (1973), 179.

⁴ Así lo define su mismo padre, Astur Morsella, poeta y periodista, en un correo electrónico al P. Miguel Á. Fuentes, 5 de marzo de 2011. Ver cita en: FUENTES, M. A., *Soy capitán triunfante de mi estrella*, EDIVE, S. Rafael (2011), 21.

⁵ *Diccionario de la lengua Española*, RAE, Vigésima Segunda edición, (2001).

⁶ Cf. FUENTES, M. A., «La madurez afectiva y espiritual de Marcelo Morsella», *Diálogo* 68, EDIVE, S. Rafael, 27-28.

⁷ MORSELLA, A., (Correo electrónico al P. Miguel Á. Fuentes - 15 de diciembre de 2011). En: FUENTES, M, *La madurez...*, *Diálogo* 68, EDIVE, S. Rafael, 29.

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

comprender al Otro. Señalado —así me di cuenta después— por una Gracia Superior para cumplir un destino ejemplar»⁸.

«Destino ejemplar» y «misión» se interconectan y dependen mutuamente, y *señalan* a una persona para poseer una «Gracia Superior» que lo capacita para tal empresa.

En Marcelo encontramos todo esto y lo experimentamos en lo que él ha dejado escrito de modo más patente y luminoso. Sus escritos nos revelan un alma sumamente delicada, con una voluntad acérrima y una inteligencia vivaz. En ellos vemos, como en un espejo, toda una vida interior que se fue gestando a la sombra del dolor y prueba, de la pureza y magnanimidad.

Son dignos, pues, estos escritos, de estudio y profundización. No sólo porque encontramos, como miel en la boca del león, una alma dueña de sí misma que capitanea su propio destino, sino que también aprendemos el arte literario como galanura que reviste cosas verdaderas y buenas. Arte que brilló en sus cartas, ensayos, soliloquios, cuentos, obras teatrales, crónicas y demás; arte que fue breve pero fecundo, conciso pero con orden, proporción y claridad.

En fin, vemos en estos escritos un espíritu dominado y un alma que escribió lo que quiso y sobre lo que amó. No navegó a través de mares ignotos a la vela de vientos novedosos. Su pluma y sus letras nos reflejan un alma no vanguardista ni modernista, no un enajenado o relativista. Marcelo fue señor de sí mismo y lo manifestó en su modo de escribir.

⁸ MORSELLA, A. (Correo electrónico al P. Miguel Á. Fuentes - 5 de marzo de 2011)
En: FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 21.

«DE A POCO Y POR DESBORDAMIENTO»

En 1982 la Argentina fue convulsionada por la Guerra de las Malvinas. Toda alma noble sintió de veras ser argentino y deseos de morir por la patria. Así también Marcelo, quien un mes después del recobro del archipiélago —2 de abril— escribió:

«Hoy 2 de mayo se cumple un mes de la gloriosa recuperación de las Islas Malvinas. En este momento debería estudiar pero me *urge* la necesidad de escribir. Un sinnúmero de sentimientos se confunden en mi interior».

Y concluye el breve escrito así: «Es mucho lo que hay por escribir pero lo haré de a *poco y por desbordamiento, como siempre*»⁹.

Era tal el acontecimiento que se cernía al sur de la patria que a Marcelo le *urgía la necesidad de escribir*. Sobrepujaban su alma un *sinfin de ideales y querer*. La flor fue fecundada y el fruto maduró: Marcelo se puso a escribir. Y lo hizo como siempre: *por desbordamiento y de a poco*. Esta confesión de Marcelo nos hace ver una actitud de fondo en todos sus escritos: la de escribir porque se debe, como una ineludible consecuencia que brota de un alma llena de vida, de ideales, de magnanimidad. Escribe porque ve que es lo que debe hacer en consciencia, y no simplemente porque quiere o le gusta. El alma *desborda* y la pluma comienza a danzar sobre el blanco escenario de la hoja. Marcelo también lo manifestaba cuando decía: «Siento la necesidad de escribir y de

⁹ MORSELLA, M., *Crónica*, (Escrito dactilografiado), 2 de mayo de 1982. Puede verse en: FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 30. Resaltados míos.

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

así desahogar esa sed de lo eterno»¹⁰. Y en otro lado dice: «El escribir es un gran desahogo»¹¹.

Este desbordamiento nos parece asemejarse al nacer de una flor y no al rebalsarse de un vaso. La flor nace como un pimpollo que ha requerido un largo proceso. Una semilla, un primer brote, un tallo y unas hojas. La flor es la maduración de la planta, porque mira a la propagación de la especie... le *urge* a la planta dar a luz la flor. Así, pues, nos parece el modo de escribir de Marcelo: una *maduración* de la realidad, que lo llevaba a expresarla bellamente. Él «veía las cosas con un gran realismo, destacando tanto su belleza como sus límites; su caducidad y su elevación. Todo lo miraba con estos ojos: la vida, el paisaje, el amor, las personas, las buenas costumbres, la amistad, la patria misma...»¹². No era, en cambio, como el desbordarse de un río, que todo lo arrasa y que no sabe sujetarse al cauce. El río se desborda como un furor, como algo incontrolable. Marcelo no escribe sin control o por capricho... él escribe *de a poco y por desbordamiento*, consciente de una misión y propósito. Dice de él, el P. Fuentes:

«Marcelo encaraba el escribir como una misión apostólica, que debe hacerse a conciencia y con toda responsabilidad.

¹⁰ MORSELLA, M., *Carta a su papá*, San Rafael, 23 de mayo de 1985. En: FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 41.

¹¹ MORSELLA, M., *Soliloquio* (manuscrito), 3 de Octubre de 1983. Puede verse en: FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 41. Nos recuerda este *desahogo* y aquél *desbordamiento* a S. Rafael Arnáiz Barón, quien descansaba al escribir, y llama a su cuaderno, donde dejaba escrito sus pensamientos, un desahogo que sólo comprende quien pasa por ello y un gran consuelo. Cf.: *Vida y escritos del Beato Fray María Rafael Arnáiz Barón, Monje trapense*, PS Editorial, Madrid, (2000) 217 y 420.

¹² FUENTES, M. A., «La madurez afectiva y espiritual de Marcelo Morsella», *Diálogo* 68, EDIVE, S. Rafael, 27-28.

Quería prepararse para ello y hacerlo con profundidad. Porque él, en su inmensa alegría, era un hombre cabal, es decir, alguien que toma en serio las cosas, que sabe lo que pesan»¹³.

Tomar en serio las cosas era algo que él mismo se había propuesto, como puede verse en su oración a San José de Cupertino, a quien le ruega: «Muéstrame siempre el verdadero valor de las cosas»¹⁴. Es entonces esta *valoración de las cosas* la que le hace madurar una idea y lo que lo mueve a escribir... es *la sed de lo eterno* lo que lo motiva; es el haberse dado cuenta de que «existe la certeza de que a pesar de todo, la verdad es verdad y el error es error y lo que es justo sigue siéndolo»¹⁵. Esto es lo que su biógrafo llama «un juicio maduro y mesurado»¹⁶ que lo motivó sin duda, ya con tan solo 17 años, a reprochar y delatar literariamente la corrupción e hipocresía en el ambiente que le tocaba vivir, en su breve obra teatral *La Farsa*. Y este mismo juicio le hacía decir ya más maduro, a los 23 años cosas muy bien ponderadas:

«La televisión acá ya tiene pornografía, y no exagero (...) Linda juventud y niñez vamos a tener para que levante al país. Pero no es que me sorprenda porque pase esto, porque no se podía esperar algo mejor, lo que sufro es la corrupción de tantos inocentes (pienso en los que comienzan su adolescencia que recién salen de la niñez), que tienen derecho a una recta formación y son engañados e inducidos bajamente a falsos conceptos. Ya lo dice el Salmo 2: “Se reúnen los reyes

¹³ FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 46.

¹⁴ MORSELLA, M., *Oración a San José de Cupertino*, sin fecha: «Querido San José, acompáñame en el curso de mis estudios. Tú has experimentado las dificultades de la escuela y por eso me entiendes. Muéstrame siempre el verdadero valor de las cosas. Haz que mi mente aprenda la verdadera y fecunda sabiduría. ¡Amable santo, sé siempre mi Protector! Amén».

¹⁵ MORSELLA, M., *A un año de Malvinas*, 2 de abril de 1983. Todo este ensayo es una muestra clara de qué bien valoraba las cosas, en este caso la guerra misma.

¹⁶ FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 96.

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

de la tierra y a una se confabulan los príncipes contra Yavé y su Ungido...”. Evidentemente comprenderás que el ataque es de modo solapado y a veces directo (como lo hacen varias revistas) contra la religión, y si atacan la religión atacan a Dios lógicamente. Esto es vano para todo buen sentido “... El que mora en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos”. Así continúa el Salmo. Esto no quiere ser un sermón sino un vistazo de cómo están las cosas en la Argentina y sólo un aspecto.

No obstante la juventud, si no la alcanzó todavía la desidia de la corrupción o bajaron la guardia, aspira a conocer la Verdad y [a] jugarse. Y si la alcanzó, tardará un poco más, pero por la fe puede volver a surgir. Para los cristianos no hay nada desesperante en esta vida. No creas que me he vuelto un “amargado”. Todo lo contrario, todo esto es motivo para trabajar más y luchar más, por eso necesito que recen siempre por mí, que si no es Dios el que da las fuerzas, no pasa nada, no pasa (como decimos los porteños)»¹⁷.

Queda por lo tanto claro que los escritos de Marcelo son frutos de una límpida y medida valoración de la realidad, de Dios mismo y del hombre. Él era -creo yo- consciente de ello. En una carta a su padre habla de «la fuerza que impulsa a escribir» y afirma estar convencido de que «las pasiones unidas a una recta inteligencia, hacen a los grandes hombres»¹⁸. ¡Y esto se ve claramente en Marcelo! Hay un dominio tal del espíritu que lo hace decir y escribir sólo aquello que su recta inteligencia le dicta. Por eso él mismo describió su ordenada fuerza, que lo impulsaba a escribir, como algo «de a poco y por desbordamiento».

¹⁷ MORSELLA, M., *Carta a su papá*, 5 de abril de 1985. En: FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 96.

¹⁸ MORSELLA, M., *Carta a su papá*, San Rafael, 17 de septiembre de 1985. En: FUENTES, M. A., *Soy capitán...*, 46.

Y criticó a aquellos que no tenía ese mismo tipo de *dominio del espíritu* -como Graham Greene-, según el mismo ejemplo de Marcelo:

«Si bien estoy de acuerdo en que el novelista debe admitir toda la realidad del hombre, con sus grandezas y miserias, sin “acartonar” personajes, no obstante creo que la literatura debe contribuir, como todo, a que el hombre se acerque más a lo único que puede sacarlo de sus miserias y dignificarlo: Dios. Por eso todo lo que obstaculice este camino, por más que contenga realidades, no es constructivo, sino pernicioso. Porque la realidad, es cierto, no se da en modelos “recortados”, cada hombre es un individuo con una historia diferente. Pero hay aspectos de la realidad que objetivamente no son buenos, y sin dejar de reconocerlos, con la madurez necesaria (y sin falsos “puritanismos” ni escandalizarse farisaicamente), no son positivos cuando en un libro, o en cualquier obra de arte, se los presente de un modo innecesario. Se puede hacer mención de todas estas cosas con altura y de un modo que más bien favorezca los valores, sin entrar en ningún tipo de detalle obvio. Hay cosas de Greene que no me gustaron»¹⁹.

EL VALOR LITERARIO

Según M. Menéndez Pelayo: «Nunca se graba tan profundamente en el ánimo la voz de la sabiduría como cuando la claridad del discurso ilumina la hermosura de los conceptos»²⁰. Es la claridad un elemento *sine qua non* de toda obra literariamente grande. Sin claridad no hay belleza, y sin belleza, ni transmisión ni perennidad. Nadie gusta leer

¹⁹ Ibídem.

²⁰ MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de las Ideas estéticas en España, vol. I*, Imprenta de la viuda e hijos de M. Tello, Madrid (1909), 357.

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

cosas oscuras e intrincadas, cosas que nunca dicen lo que parecen intentar decir... cosas en fin que no desean hacer el bien y llevar almas a Dios, sino conseguir vanagloria y estima humano.

Marcelo es todo lo contrario a esto. En él se cumple aquello que se dijo de San Juan de la Cruz: «Supo unir maravillosamente el lenguaje y el pensamiento de manera que corren siempre al mismo paso, y se mueven al mismo son»²¹. Sus cartas son un ejemplo acabado de esto. Las palabras aparecen sencilla y llanamente dibujando una idea fácil de entender y a la vez de profundo contenido, cosa esta que nos recuerda lo que dijera el genio de Menéndez Pelayo acerca del lenguaje de las *Moradas* de Sta. Teresa. Para él este era «como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego»²². Bueno, no es que estemos diciendo que el lenguaje de Marcelo era exactamente *como de vieja castellana*, sino que su lenguaje es claro y sin afectación, natural y sencillo, espontáneo y sin embargo no vulgar ni chabacano. Veamos uno de muchos otros ejemplos posibles. En una de sus cartas escribe:

«¿Cómo andás? El otro día me acordaba de nuestras caminatas, que eran en esta época, por Aguilar y 11 de Septiembre, y aquel comentario: "¡Cómo pasa el tiempo!". Y realmente la vida pasa, inexorablemente. Ahora voy comprendiendo con la ayuda de Dios, que hay que vivir en plenitud el momento presente, y el único modo de vivirlo así, al máximo, es en la gracia de Dios.

²¹ CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *San Juan de la Cruz. Su obra científica y su obra literaria, vol. II.*, Mensajero de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, Ávila (1929), 138.

²² MENÉNDEZ PELAYO, M., *Discurso del Doctor Don Marcelino Menéndez y Pelayo*. En: *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la pública recepción del Doctor Don Marcelino Menéndez Pelayo*, 6 de marzo de 1881., Imprenta de F. Maroto e Hijos, Madrid (1881), 35.

DIÁLOGO 73

También recordaba una carta tuya del año pasado que llegó a conmoverme, sobre todo en la parte en que decías que Jesucristo había derramado Su Sangre por nosotros y una gota te toca a vos. Nada más cierto. ¡Si llegásemos a comprender lo que nos ama Dios! A veces, rezando y meditando en Su Pasión se entiende algo, lo que nuestra inteligencia limitada permita, y se puede ver que toda la tragedia de la Cruz no es otra cosa que una manifestación de amor infinita. Un amor no egoísta, un amor que busca el bien del otro, hasta el punto de dar la vida. Y es Dios hecho Hombre. Esto es otro gran misterio, que Dios Hijo se abajó hasta hacerse hombre para poder reparar ante Dios Padre la ofensa que el hombre le había hecho. Y es que sólo Dios podía repararla, pero ¿quién obligaba a Dios a reparar, a padecer en su carne humana, y lo más terrible en su alma, para conseguírnos el perdón? Nadie. Sólo su amor al hombre, a CADA HOMBRE»²³.

Con un inicio marcadamente argentino, Marcelo pasa de anécdotas divertidas y de viejos tiempos al mismo misterio de la Redención, de tal manera que uno al leer no llega a percatarse que desde las calles Aguilar y 11 de septiembre se encumbra en un abrir y cerrar de ojos en la cima del Calvario. Su remitente no puede más que darse cuenta que es su amigo el que le escribe tan amablemente pero que le habla de cosas superiores, no como quien enseña sino como quien comparte y se sienta con uno a charlar en tardes frías junto a una chimenea... Marcelo piensa lo que escribe: ¡lo vive! Por eso no resulta petulante ni aún menos remilgado. Hay una claridad muy nítida en todo cuanto escribe. Veámosla en otra carta dirigida al mismo remitente:

«Te vi reflejado en tu carta con una profundidad y una gran nobleza de corazón. Dios nos ha unido en la amistad y todo

²³ MORSELLA, M., *Carta a Pepe*, San Rafael, 22 de septiembre de 1985.

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

lo hace con un fin; ambos nos ayudamos mutuamente, ambos nos apoyamos y estimulamos en la lucha apasionante que es la vida, ambos sufrimos y reímos juntos, en fin, ambos somos uno un poco parte del otro, aunque físicamente no estemos juntos. Es que la verdadera amistad es así. Yo también agradezco a Dios la vida y también haberte conocido, mi buen amigo»²⁴.

Es este un fragmento bastante familiar para muchos de nosotros, y que, a nuestro juicio, es uno de los mejores de Marcelo. Le habla a un íntimo amigo con un lenguaje único y sus palabras tienen una fuerza del todo especial. La verdad teológica de la *Providencia*, que no deja que nada sea al azar, y una altísima concepción de la amistad se unen magistralmente en este corto párrafo. La expresión «ambos somos uno un poco parte del otro» es pulidísima y dice de otro modo más natural y cierto aquella frase de Cayo Salustio Crispo: «la amistad es querer y no querer lo mismo»²⁵. Es una unión de las voluntades, de lo más esencial en el hombre... Otra vez Marcelo ha dicho grandes cosas con pocas palabras, ha hecho lo que Leopoldo Lugones considera primordial en todo buen escritor: «poner mucho espíritu en poca materia»²⁶.

Dos son entonces las grandes características de los escritos de Marcelo: *la claridad y la espiritualización de la materia* —como para decirlo en lenguaje lugoniano. Marcelo es un genio en este arte de espiritualizar

²⁴ MORSELLA M, *Carta a Pepe*, San Rafael, 21 de octubre de 1984.

²⁵ Citada por STO. TOMÁS DE AQUINO en *Q. D. De Veritate*, q.23, a.8, sc.2: «*Amiticia est idem velle et idem nolle*». El Doctor Angélico la considera como de Cicerón, pero originalmente es de Salutio. (Para esta referencia más precisa ver: TORELL, J. P., *Christ and the Spirituality in St. Thomas Aquinas*, The Catholic University of America Press, Washington (2011) trad. Bernhard Blankenbhorn, 112.).

²⁶ LUGONES, L., *Al joven poeta*. En: *La copa de jade*, 1935-1937. Poemas publicados en *La Nación*, de Buenos Aires. La poesía completa dice así: «Para lo bello, joven cofrade / Basta una cuerda de violín. / Una fresa en la copa de jade, / Una rima, un beso, un jazmín... / ...O una lágrima si tu miseria / Con dignidad la ha de verter. / Mucho espíritu en poca materia. / Esto es todo cuanto hay que hacer».

DIÁLOGO 73

la materia. Les da vida nueva a las palabras y dice mucho en pocas letras. Veámoslo en este soliloquio que Marcelo escribió con tan sólo 18 años:

«¿Existirá ese amor que alguna vez sentí? O será ella un hada que vino a endulzar mi espíritu. No lo sé. Sólo quiero volver a verla. Saber que realmente vive, para que vuelva a encender mi corazón con su dulce calor y así tal vez yo sea más bueno.

¿Sentiré nuevamente su risa de niña? O tal vez ya no pueda sentirme nunca más trasladado a un cielo propio. Sólo quiero volver a oírla. Saber que realmente ríe, para que yo nunca deje de reír y así tal vez yo sea más bueno»²⁷.

Con un acento evidentemente saint-exuperiano²⁸, Marcelo habla de volver a escuchar la «risa» de una niña y de poder ser así trasladado a un «*cielo propio*». Esta es otra de sus frases acabadísimas y de muchísimo contenido, ya que indica con solo dos palabras lo objetiva y subjetivamente grande del encuentro y de la felicidad que le proporciona. Felicidad que es en sí perfecta (*cielo*), pero que es a su vez una felicidad

²⁷ MORSELLA, M., *Soliloquio*, marzo de 1980.

²⁸ Hay ciertamente una gran correspondencia temática entre este soliloquio y algunos pasajes de Saint-Exupéry, *El Principito*: «Me quedé de nuevo helado por un sentimiento de algo irreparable. Comprendí que no podía soportar la idea de no volver a oír nunca más su risa. Era para mí como una fuente en el desierto. “Muchachito, quiero oír otra vez tu risa”» (p. 32). Y más adelante: «Cuando por las noches mires al cielo, al pensar que en una de aquellas estrellas estoy yo riendo, será para ti como si todas las estrellas riesen. ¡Tú sólo tendrás estrellas que saben reír!». (p. 33). (En: La Biblioteca Virtual de la UEB: https://sor-teos.uson.mx/uploads/premios-vendedores/arch_prem_ven_20170303_085923.pdf). Sabemos además que Marcelo leyó este magistral obra y que le tenía gran aprecio. Ver: FUENTES M. A., *Soy capitán...*, 46 y 54.

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

que sólo él la puede apreciar y gozar (*propio*)²⁹. De aquí que la felicidad sea como duplicada y que perfeccione al alma, como si fuese una virtud, que no solo hace bueno al obrar sino al mismo sujeto. Por eso tal vez que esta *niña* de Marcelo sea alguna virtud, ya que la risa y la vista de aquella lo harán más bueno.

La *claridad* y la *espiritualización de la materia* dan a los escritos de Marcelo un tinte sumamente especial, que lo marcan con fuertes rasgos literarios. La *claridad* le viene por dos razones: por la meditación y la ponderación de la realidad, y por la propiedad en el lenguaje³⁰. Por meditar y valorar la realidad —como ya se dijo—, ya que: «la claridad es el efecto producido en la inteligencia cuando el objeto del conocimiento se distingue perfectamente de los demás objetos, y se distinguen unas cualidades de otras, percibiéndose sus mutuas relaciones y su relación con el todo»³¹.

Y es esta misma claridad, producida por el sopesamiento de la realidad, la que le da a Marcelo su propio estilo, ese de *poner mucho espíritu en poca materia*; le hace escribir bien. Porque, como decía un autor, «para escribir bien es necesario pensar bien, decir lo que se piensa sencillamente sin mostrar deseo de admirar al lector con nuestro estilo»³². Así lo hizo Marcelo y habló con simplicidad y naturalidad..., y esto sí

²⁹ Se asemeja al decir de San Juan de la Cruz: «Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí». S. JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de Luz y Amor*, 26, BAC, Madrid (1982), 45.

³⁰ Cf. CAMPILLO CORREA, N., *Retórica y poética*, Madrid (1928), 63: «La oscuridad nace por falta de meditación en el autor o por impropiedad del lenguaje».

³¹ J. COLL Y VEHÍ, *Elementos de literatura*, Barcelona (1897), 149.

³² PALACIO VALDÉS, A., cit. por ZORRILLA, J., DE SAN MARTÍN en *Lecciones de literatura*, Santiago, Chile (1929), 141. Cit. a su vez por RAGUCCI, R., *Voces...*, 369.

DIÁLOGO 73

que es gran cosa, ya que «hablar con sencillez es un don de los cielos»³³ y «dar luz es lo difícil; no conseguirla, facilísimo»³⁴.

Todo cuanto se ha dicho se ve perfectamente en este dos últimos botones de muestra: «La vida acá es un anticipo del cielo, nunca estuve tan feliz»³⁵, y «La vida es un continuo tomar y dejar, partir y llegar»³⁶.

INVICTUS

Ya en último lugar queremos considerar más detalladamente el soliloquio más conocido de Marcelo, donde se aprecian más perfectamente las características arriba mencionadas. En 1980, con tan sólo 18 años escribe:

«Volveré a Ti, Señor, porque mi alma te busca y está vacía. No puedo vivir sin Ti y al querer hacerlo caigo en el peor de los abismos y queda sin remedio mi vida. Tonto de mí, al no querer confiarte mis caminos; sé que al fin encontrarte es mi camino. “La noche quedó atrás... pero me envuelve, / negra como un abismo entre dos polos. / Doy gracias a los dioses, cualesquiera sean / por mi espíritu indómito. / No importa cuán estrecha sea la puerta / ni que me halle algún modo de castigo. / Soy capitán triunfante de mi estrella / y el dueño de mi espíritu”».

³³ DE LA VEGA, D., *Las palabras*, en *Lecciones de Literatura* por ZORRILLA, J., DE SAN MARTÍN, *Lecciones...*, 140. Cit. a su vez por RAGUCCI, R., *Voces...*, 375.

³⁴ MARTÍNEZ DE JÁUREGUI, J., *Discurso poético*. (Cf.: http://obvil.paris-sorbonne.fr/corpus/gongora/1624_discurso-poetico/body-1).

³⁵ M. MORSELLA, *Las montañas azules*, (cuento dactilografiado), sin fecha. En: MIGUEL Á. FUENTES, *Soy capitán...*, 35.

³⁶ M. MORSELLA, *Nota personal*, 3 de diciembre de 1983. En: MIGUEL Á. FUENTES, «La madurez afectiva y espiritual de Marcelo Morsella», *Diálogo* 68, p. 39.

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

El fragmento consta de dos partes: *a*) un coloquio con el Señor, de acento típicamente agustiniano y *b*) dos estrofas copiadas del poema «*Invictus*» de William Ernest Henley, autor inglés de finales del siglo XIX.

Veamos lo primero: sabemos que Marcelo era gran admirado de San Agustín a quien citaba con frecuencia en sus cartas. Más aún, él escribió un pequeño ensayo acerca de la vida del Doctor de Hipona. Era ciertamente de una espiritualidad agustiniana y encontraba en este Padre de la Iglesia un gran campo de trabajo literario³⁷. Es por esto que no nos parece que sea desatinado ver cuán grande es la correspondencia temática de este coloquio con los escritos de San Agustín, en especial con *Las Confesiones*. De hecho, en *Las montañas azules*, Marcelo, — quien no es más que el personaje ficticio llamado *Ignacio*— cita a San Agustín:

«¡Oh, Dios de las virtudes! Conviértenos y muéstranos tu faz y seremos salvos. Porque adonde quiera que se vuelva el alma del hombre y se apoye fuera de ti, hallará siempre dolor, aunque se apoye en las hermosuras que están fuera de ti y fuera de ellas, las cuales, sin embargo, no serían nada si no estuvieran en ti»³⁸.

Tanto San Agustín como Marcelo dejan en claro que fuera de Dios se halla *dolor* y se cae en el *peor de los abismos*. La vida entonces queda *sin remedio* y no hay quien pueda ser *salvo*. El coloquio de Marcelo es

³⁷ En una carta, Marcelo decía: «Mi gusto por la literatura lo voy a encauzar, Dios mediante, en el estudio de la Patrística, o sea del pensamiento de los Padres de la Iglesia, que son los escritores cristianos de los primeros siglos hasta el siglo VIII aproximadamente (entre ellos el gran San Agustín). Por supuesto que esto no excluye otras lecturas en la medida en que el tiempo me lo permita». A su papá, San Rafael, 22 de mayo de 1985. En: Miguel Á. Fuentes, *Soy capitán...*, 47.

³⁸ SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, lib. 4, cap. 10. Marcelo lo cita al final de su cuento *Las Montañas azules*. Ver: MIGUEL Á. FUENTES, *Soy capitán...*, 35.

como una duda que se resuelve en el texto de San Agustín, una búsqueda que finalmente halla al Dios de las virtudes. Marcelo confiesa haberse apoyado fuera de Dios y no confiado a Él sus caminos: se había ido tras las *hermosuras que están fuera de Dios*.

Ahora bien, el coloquio de Marcelo -allende de las dos características ya mencionadas- tiene varias metáforas y expresiones que le dan gran valor literario: el alma está *vacía*, se cae *en el peor de los abismos*, y la vida queda *sin remedio*. Son tres expresiones que describen perfectamente el dolor de aquél que está sin Dios, que se ha alejado de Él: el alma está *vacía*, desierta, no compensada -está sin su Creador, quien sólo la pueda contentar- y se yace en gran desolación y tristeza, que es como un abismo profundísimo -como quien se imagina el infierno- ... y en este estado ya no hay *remedio*, a no ser que se *vuelva a Dios*. Las descripciones son otra vez *claras y de gran contenido*.

Asimismo, la idea del *camino* -que se relaciona ampliamente con la de *volverse*- está muy marcada. Marcelo usa la misma palabra dos veces. La primera haciendo referencia a su misma vida, y la usa en plural, marcando las muchas facetas que una vida conlleva: «*mis caminos*». La segunda la usa en sentido de destino o fin ineludible: el camino ya es la meta; «*un anticipo del cielo*». Pero, ¿por qué es un destino ineludible? Bueno, la respuesta está en la segunda parte del fragmento, en la poesía de Henley.

«*Invictus*» es el nombre que se le ha dado a unas estrofas compuestas por William Ernest Henley, quien, tras atravesar momentos difíciles de la vida —como fue la amputación de una pierna— escribe a los 26 años estos versos en inglés:

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

Out of the night that covers me,	Mas allá de la noche que me cubre,
Black as the pit from pole to pole,	negra como el abismo insondable,
I thank whatever gods may be	doy gracias a los dioses que puedan
For my unconquerable soul.	existir por mi alma inconquistable.
In the fell clutch of circumstance	En las crueles garras de las
I have not winced nor cried aloud.	circunstancias no he llorado ni pestañeado.
Under the bludgeoning of chance	Sometido a los golpes de la suerte
My head is bloody, but unbowed.	mi cabeza ensangrentada sigue erguida.
Beyond this place of wrath and	Más allá de este lugar de ira y
tears	lágrimas
Looms but the Horror of the	donde yacen los horrores de la
shade,	sombra,
And yet the menace of the years	sin embargo, la amenaza de los años
Finds, and shall find me, unafraid.	encuentra, y me encontrará sin miedo.
It matters not how strait the gate,	No importa cuán estrecho sea el camino,
How charged with punishments	cuán cargada de castigos la sentencia,
the scroll,	
I am the master of my fate:	yo soy el amo de mi destino:
I am the captain of my soul ³⁹	Soy el capitán de mi alma ⁴⁰ .

³⁹ WILLIAM E. HENLEY, *A book of verses*, Charles Scribner's sons, 4ta. ed., New York (1893), 56-57. Las primeras ediciones contenían solo la dedicatoria *A R. T. H. B.* —en referencia a Robert Thomas Hamilton Bruce (1846-1899). El título de *Invictus* fue añadido posteriormente por Arthur Quiller-Couch cuando lo incluyó en el *Oxford Book of English Verse*.

⁴⁰ Traducción tomada de: [https://es.wikipedia.org/wiki/Invictus_\(poema\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Invictus_(poema)) (22.4.2017). Con modificaciones.

No sabemos hasta qué punto Marcelo conocía este poema, es decir, la versión de Henley. Pero tenemos una gran certeza de que Marcelo leyó este poema en la obra *La noche quedó atrás*⁴¹ de Jan Valtin -seudónimo de Richard Krebs- donde el poema está presentado sin las dos estrofas del medio y exactamente traducido como lo cita Marcelo.

El poema de Henley, más allá de su merecida fama⁴², revela un alma que se enfrenta ante el dolor de la vida y que encuentra en su misma personalidad y vigor la solución para afrontarlo todo. Con una mirada bastante llana y puramente humana, el poeta confiesa su autosuficiencia para vencer las dificultades de la vida.

Evidentemente Marcelo conocía estos versos muy bien, ya que en un soliloquio tan natural y espontáneo los cita como quien dice algo que es propio...; Marcelo lo ha asumido y le da una nueva forma y matiz, porque al conectarlo con la primera parte, hace que el poema de Henley sea el canto de victoria de aquel que saliendo de la noche se ha tornado a Dios. Y llegado a semejante estado, ya nada teme: *se es capitán de la propia estrella y el dueño del espíritu*. Nada se teme porque se ha conquistado lo que se quería... y el alma ya deja de estar vacía y no busca sino a Aquél que la ha llenado. Así entendemos entonces porque es un destino ineludible: «sé que al final encontrarte es mi camino». Más aún, es tal la seguridad que el ánimo alcanza que no hay temor de que el camino sea estrechísimo: se tiene a Dios... ¿qué más da, entonces? Por eso Marcelo recordaba más tarde el consejo de un amigo:

«Me acuerdo que [una vez] estaba triste en el Liceo y decepcionado, y [un amigo] me dijo: “Sólo teme a los hombres

⁴¹ Quizá Marcelo conoció la edición de 1941 (Ed. Claridad, Bs. As.) o cualquier otra de las subsiguientes que hubo. El epígrafe de este libro (según lo cotejé en la novena ed., 1947, trad. Julio Bernal), es justa y exactamente las mismas estrofas que cita Marcelo. La traducción de estas dos estrofas es de Juan Rodríguez Chicano.

⁴² Fama que en gran medida fue causada por Nelson Mandela y que llegó a su clímax con la película *Invictus* (2009).

EL DOMINIO DEL ESPÍRITU

quien en ellos confía, quien en Dios confía, sólo a Él le teme”»⁴³.

Marcelo ha asumido el canto de Henley y lo hizo carne propia. Es suyo ahora porque le ha dado una nueva alma. Sí, se es *dueño del espíritu* porque se tiene a Dios y no por fuerza propia. Le ha dado nuevamente *más espíritu a la materia*, la he iluminado con *nueva claridad*.



Marcelo fue un hombre *cabal*, y comprobarlo fue el objetivo de estas sucintas páginas, en las que vimos -aunque rápidamente- el valor literario de sus escritos. Valor que proviene de aquella su ponderación de la realidad, de su alta maduración. Esperamos entonces que estas líneas hayan sido una ayuda para mostrar que Marcelo *se definió de frente al mundo*⁴⁴ y sigue siendo para nosotros, miembros del Instituto del Verbo Encarnado, una guía certera para aprender el arte del *dominio del espíritu*.

Diác. Bernardo Ma. Ibarra
Lipá, Filipinas
22 de abril de 2017

⁴³ M. MORSELLA, *Nota personal*, 3 de octubre de 1983. En: MIGUEL Á. FUENTES, «La madurez afectiva y espiritual de Marcelo Morsella», *Diálogo* 68, 42.

⁴⁴ Cf. MIGUEL Á. FUENTES, «La madurez afectiva y espiritual de Marcelo Morsella», *Diálogo* 68, 33.